

CAPITULO XXII.

LIGA CONTRA EL TURCO.

MOTIN Y CASTIGO DE GANTE.

1539—1540.

Compromisos y consecuencias para España de la liga contra el turco.

—Discordias entre los almirantes español y veneciano.—Conflicto de españoles en Castelnovo.—Su heroísmo y su trágico fin.—Triunfo funesto de Barbaroja.—Alzamiento y revolucion en Gante y sus causas.—Perplejidad del emperador.—Determina ir por Francia.—Caballeroso y cordial recibimiento que le hizo el rey Francisco.—Festejos que le hacen en París.—Disimulado y falso proceder de Carlos.—Marcha á Flandes.—Sofoca la rebelion de Gante.—Medidas y castigos crueles.—Desembózase con el rey de Francia, y le niega abiertamente la cesion de Milan.—Justo enojo del francés.—Vaticinanse nuevos rompimientos.—Demandas de los protestantes de Alémania, y respuésta del emperador.

Cuando el condestable de Castilla con acento elocuente y varonil, eco de la opinion de la grandeza castellana, aconsejaba á Carlos V. en las Córtes de Toledo que suspendiera las guerras que consumian y empeñaban las rentas de la corona y empobrecian el

pueblo; y cuando el humilde leñador del Pardo con rústica sencillez, eco de la opinion popular, manifestaba al emperador, sin conocerle, que tantas guerras y tantos viages y gastos eran la ruina de los pobres labradores y la perdicion de España, entonces mismo traia el emperador empeñada una guerra terrible y dispendiosa allá en los mares y costas de Italia.

La liga del pontífice, Venecia, el imperio y otros estados y príncipes cristianos contra el turco, le obligaba á mantener en pie de guerra multitud de naves y muchedumbre de soldados. El general del ejército confederado era su virey de Sicilia don Fernando de Gonzaga; el gran almirante y gefe de la armada de la liga era el ilustre genovés Andrea Doria, ambos súbditos del emperador. Barbaroja con ciento treinta galeras turcas se habia echado sobre Candia y otras plazas, y una operacion naval en que la fortuna no favoreció al príncipe Doria habia envalentonado al terrible general de la armada mahometana, y producido desavenencias entre los gefes de las flotas española y veneciana, Andrea Doria y Vicente Capelo, echando éste sobre aquel la culpa del mal suceso. Reconciliados despues por mediacion de Gonzaga, acordaron tomar á los infieles la plaza fuerte de Castelnovo, y combatiéndola españoles y venecianos por mar y por tierra, la rindieron al tercero dia, haciendo mil y seiscientos cautivos, y poniendo para su presidio tres mil hombres, españoles todos, al mando del

valeroso capitán Francisco Sarmiento, no sin contradicción y desagrado del de Venecia, que con tal motivo volvió á enojarse, desarmó las galeras, despidió la gente, y vino á quedar deshecha la liga.

Habia intentado Barbaroja acudir al socorro de Castelnovo, mas impidiósele una tormenta, en la cual perdió una gran parte de sus naves. La pérdida de Castelnovo hirió de tal manera el orgullo del sultán que juró vengarla en venecianos y españoles, combatiendo á aquellos en la Morea, y á estos en la plaza cuya pérdida tanto le habia irritado. Rehizo pues la armada de Barbaroja, dióle además diez mil turcos y cuatro mil genízaros, y llegada la primavera (1539) le envió á atacar por mar á Castelnovo, en tanto que por tierra marchaba al mismo punto el gobernador de Bosnia, Ulamen, que era un tráfuga persiano, con treinta mil infantes, gran golpe de caballería y multitud de gente irregular y allegadiza. Acudió Juanetín Doria con veinte galeras á llevar provisiones á Castelnovo, pero volvióse luego, temeroso de que llegase la armada de Barbaroja, á quien no podia resistir con tan desiguales fuerzas. Llegaron en efecto algunos dias despues Barbaroja y Ulamen con la armada y ejército (18 de julio), ambos con igual gana de escarmentar á los españoles encerrados en Castelnovo. Los primeros combates les hicieron ya ver que las habian con gente denodada y que no se asustaba por el número de los enemigos. Prodigios de esfuerzo

y de valor hicieron los cercados con ser tan pocos; y en los ataques y escaramuzas que cada dia sostenian con los infieles, hubo ocasion de matar mil genízaros de aquellos que decian con arrogancia: *un español basta para dos turcos, pero un genízaro basta para dos españoles.*

La repetición de hechos heróicos como éste traia de tal manera desesperado á Barbaroja, que mandó que no se gastara mas tiempo en escaramuzas, y dió orden para que se atacara formalmente y sin descanso la plaza con toda la artillería de las naves y del ejército de tierra. Cinco dias con sus noches estuvieron batiendo el castillo, hasta no dejar piedra sobre piedra, y como habia acudido allí la principal fuerza de los sitiados, y le habian ganado y perdido tres veces, murieron mas de mil españoles. Quedándose asombrados los turcos de la resistencia que tan pocos hombres habian puesto en un pobre castillejo á los innumerables tiros de sus cañones. Arrasada la fortaleza, dirigieron sus tiros á las murallas de la plaza, que demolieron mas fácilmente, dejando aquella tan abierta como si nunca hubiera estado cercada. El valeroso Francisco de Sarmiento, mortalmente herido, andaba todavía á caballo por entre los cadáveres de los suyos, alentando á los pocos que quedaban á hacer el postrer esfuerzo. Era ya inútil, y además imposible prolongar la defensa. Entraron pues los turcos en Castelnovo (7 de agosto, 1539),

sobre escombros y cadáveres de españoles, puesto que solo quedaban con vida ochocientas personas entre hombres y mugeres, de las cuales unas fueron martirizadas, otras destinadas á los remos, y otras guardadas para presentarlas en Constantinopla como trofeo del triunfo, si triunfo podia llamarse la conquista de una plaza defendida por tres mil hombres, á costa de la muerte de casi todos los genzaros y de diez y seis mil turcos. Barbaroja ofrecia la libertad y una gran suma de dinero al que le presentára la cabeza de Francisco Sarmiento, pero no se halló, ó no se pudo reconocer entre tantos cadáveres (1).

Este fué por entonces el fruto de la liga, y así se derramaba la sangre española en estrañas tierras, á los pocos meses de haber suplicado á Carlos V. las córtes de Castilla que suspendiera las guerras y procurára la paz universal.

Mas no era esto solo por desgracia. Cuando esto acontecia, ya el emperador, á quien se habia rogado que permaneciera en España como remedio para curar los males que sus continuas ausencias producian, se preparaba á abandonar otra vez el reino, para acudir á los Países Bajos á sofocar el levantamiento de Gante, su ciudad natal. La sublevacion de los ganteses traía su origen de la invasion de Francia, hecha

(1) Sandoval, lib. XXIV, número 12.—El Dr. Diego José Dornier pone una larga lista nominal de los capitanes y oficiales españoles que murieron en Castelnovo. Anales de Aragon, cap. 88.

por Carlos V. en 1537 de concierto con sus hermanos don Fernando y doña María. Esta última, gobernadora de Flandes, obtuvo de los Estados de las Provincias Unidas para los gastos de aquella guerra un fuerte subsidio, cuyo contingente se negó á pagar la rica ciudad de Gante, fundada en un privilegio que tenia, por el cual no podia imponérsele tributo alguno sin su expreso consentimiento. En vano la gobernadora alegaba haber sido votado por los Estados de Flandes, de que eran tambien miembros representantes los ganteses. Decididos estos á no renunciar á un privilegio que tanto estimaban, y que habian defendido con éxito contra sus mismos soberanos, no cedieron ni á los suaves ruegos ni á las severas medidas de la reina regente, y lograron interesar á las demas ciudades flamencas á fin de conseguir de doña María que suspendiera la percepcion del impuesto hasta tanto que enviara comisionados á España á presentar á Carlos sus títulos de inmunidad. El emperador les contestó altivamente que obedecieran á su hermana como si fuese él mismo; y que si en algo se sentian agraviados, acudiesen al consejo ó tribunal superior de Malinas (1538), cuyo fallo les fué tambien desfavorable.

Irritados con esto los ganteses, tomaron las armas, se alzaron en rebelion abierta, se apoderaron de los fuertes de la ciudad, prendieron á los oficiales reales, nombraron su consejo de gobierno, y conociendo que

para poder sostenerse necesitaban un protector, despacharon secretamente emisarios al rey de Francia, ofreciendo reconocerle por soberano y ayudarle á recobrar el condado de Flandes, que en otro tiempo habia pertenecido á la corona de Francia. Por mas que halagára al rey Francisco tan inesperada y lisonjera proposicion, y por mas ventajosa que se le representára la fácil posesion de un condado de mas valer que el de Milan que tan afanosamente habia ambicionado, el monarca francés, amigo entonces del emperador, y dado á los golpes caballerescos, no solo rechazó la propuesta de los ganteses, sino que llevando al extremo su galantería ó su interés en conservar la amistad de Carlos, le avisó de lo que pasaba en Gante, y aun le envió originales las cartas de invitacion que habia recibido (1539). Carlos, que conocia bien el carácter de sus compatriotas, su amor á la libertad, su apego á las inmunidades de que gozaban, su genio tardío en resolverse, pero firme, perseverante, inflexible una vez tomada una resolucion, comprendió la necesidad de obrar con energía y con celeridad para ahogar tan imponente movimiento. Desde luego pensó en trasladarse personalmente á los Países Bajos, y á ello le instaba tambien la princesa su hermana; pero el paso por Italia y Alemania era mas lento de lo que la urgencia del caso permitia, y para ir por mar necesitaba de una armada respetable. Lo uno

y lo otro ofrecia dificultades de mucha consideracion.

En esta perplejidad, tomó una determinación que nadie podia ni aguardar ni imaginar; la de pasar por Francia, que era el camino mas corto, bien que para ello tuviera que pedir su beneplácito al monarca francés. En vano el consejo entero desaprobó semejante resolucion, y en vano le espuso lo arriesgado que era entregarse asi en manos de su antiguo enemigo. Carlos contra el dictámen de todos, insistió en su proyecto y pidió el permiso, que Francisco le otorgó sin vacilar. Ambos monarcas aparecian generosos, el uno en ponerse en manos de su rival, el otro en recibirle como un amigo en su reino, ofreciéndole todo género de seguridades. Mas bajo esta apariencia de mútua caballerosidad y confianza, proponianse, sin duda, ambos un fin interesado. Entretenido como tenia el emperador al rey con la promesa de dar el ducado de Milan, ya al uno, ya al otro de sus hijos, Carlos calculaba que Francisco habia de ser galante con él, esperando obtener por este medio una cesion definitiva, y Francisco se proponia comprometer y obligar á Carlos, á fuerza de generosidad, á que no pudiera negarle nada. Veremos quién de los dos procedió con mas doblez, y quién fué el engañado.

Partió, pues, el emperador de Madrid (noviembre, 1539) con corto aunque lucido acompañamiento. Al llegar á la frontera de Francia, encontró ya á los dos hijos

del rey, el delfin y el duque de Orleans, que ambos se ofrecieron á venir y estar en España como en rehenes hasta el regreso de S. M. Cesárea. Carlos les contestó, que él no necesitaba ni quería mas seguro que la fé y palabra real, y prosiguiendo adelante, halló en Castellreaut al mismo Francisco I., que no obstante el mal estado de su salud, se habia adelantado á recibirle. En su entrevista se hicieron las demostraciones mas espresivas de amistad y mútua confianza. De allí marcharon juntos por Amboise, Orleans y Fontainebleau á París. En todo el tránsito fué el emperador objeto de alegres festejos; los gobernadores salian á entregarle las llaves de las ciudades, abrianse en obsequio suyo las prisiones, y se le tributaban los mismos honores que si fuese su propio monarca. Sin embargo, en algunos puntos parece que le ocurrieron escenas que le pusieron un tanto receloso, porque sospechaba no faltar quien abrigara intenciones malévolas hácia su persona. si bien tales conatos, ó fueron castigados, ó se frustraron por los buenos oficios del condestable Montmorency y de la duquesa de Etampes, señora muy discreta, de gran valimiento para con el rey, y de quien gustaba mucho el emperador (1).

(1) Cuenta Sandoval que en el castillo de Amboise, donde durmieron los dos soberanos, un criado, ó por descuido ó con malicia, prendió fuego con una bugia á uno de los tapices del aposento del emperador, y que comunicándose á las demas colgaduras produjo tal humo, que estuvo en peligro la vida de Carlos; que habiéndose hecho pesquisas, el rey Francisco mandó ahorcar á los culpa-

Gran sensacion y novedad causó en la capital de Francia ver juntos, y al parecer, en la union mas íntima, á los dos soberanos que se habian hecho la guerra por espacio de veinte años, y por cuyas rivalidades tanta sangre se habia vertido en Europa. Las fiestas con que en Paris fué agasajado el emperador fueron tan suntuosas y brillantes, que al decir de todos, escedieron á las que se habian hecho por la coronacion del mismo rey Francisco. A média legua de la ciudad salió á recibirlos procesionalmente el clero, tan numeroso, que, segun un historiador, «de solo frailes se contaban seiscientos franciscanos, cuatrocientos dominicos, trescientos agustinos, y asi de otras religiones.» Iban doscientos arcabuceros á caballo, trescientos arqueros y doscientos ballesteros vestidos de librea recamada de plata; todos los oficiales comunes con trages de escarlata; veinte y cuatro regidores, de morado con forros de varias pieles; cien mancebos de la nobleza, de terciopelo con guarniciones de oro; doscientos cincuenta oficiales de la corte á caballo, con ropas talaes; el preboste de

los chicos de la corte y otros muchos de la corte, pero que á ruego é intercesion de Carlos se les otorgó indulto.

Refiere tambien que una tarde estando el emperador en entretenida y agradable plática con la duquesa de Etampes, se le cayó á aquel un precioso anillo que solia llevar, y con el cual jugaba distraido; que habiéndose bajado la duquesa á recogerle y queriéndosele entregar con mucha cortesia,

le dijo el emperador: «Ese es vuestro, señora, por que es costumbre de los reyes y emperadores, que lo que una vez se les cae de las manos no vuelva á ellas.» Y como la duquesa replicase no merecer tan preciosa joya, el César le rogó la guardase como una memoria de aquella jornada y de lo que habian hablado en Orleans.— Historia de Carlos V., lib., XXIV., número 17.

por cierto de ser así. Apoderado de todos los fuertes, torres y muros, desarmado el pueblo, formado y fallado el proceso sobre la rebelión, anuló la antigua forma de gobierno, todos los privilegios é inmunidades de la ciudad fueron abolidos, privados de oficio los magistrados y regidores, prohibidas sus juntas y cofradías, confiscadas sus rentas, veinte y seis principales ciudadanos fueron ajusticiados con unas túnicas de lienzo que los cubrían hasta los pies, y desnudos interiormente, condenados otros á echarse á los pies del emperador con los pies desnudos y unas sogas al cuello, y otros desterrados despues de secuestradas sus haciendas. Se les impuso una contribucion anual para mantener la guarnicion, y se construyó á su costa una ciudadela para tenerlos en adelante sujetos y comprimidos (abril y mayo, 1540). Procedió pues Carlos V. con sus compatricios de Gante con la misma ó mayor crueldad que veinte años antes habia empleado con sus súbditos de Castilla, y las libertades del pueblo flamenco tuvieron tanto ó mas desastroso fin que las del pueblo castellano (1).

Restablecida su autoridad en los Países Bajos, y como se hallasen en Gante el cardenal de Lorena y el condestable Montmorency con el objeto de instar al

(1) Hardi, Anales de Brabante, tomo I.—Le Grand, Costumbres y leyes del condado de Flandes, tomo I.—Sandoval, Historia de Carlos V., lib. XXIV., números 47 á

20.—Robertson, Reinado de Carlos V., lib. VI.—Papeles de Estado del cardenal Granvela, tomo II.

emperador á nombre del rey de Francia á que resolviese definitivamente en lo de Milan, Carlos sintiéndose ya fuerte, arrojó la máscara con que hasta entonces se habia cubierto para con el rey Francisco, y respondió á sus embajadores que daria la mayor de sus dos hijas al duque de Orleans, y con ella en dote los estados de Flandes con nombre y título de rey, lo cual podría venir bien al monarca francés, pero que con respecto á Milan estaba decidido á no darle á nadie, puesto que le poseia como cosa propia del imperio y por buena y legítima sucesion. «Esto es, añadió, lo que tengo que decir; y si esto no os contenta, no hay para que se trate mas de este negocio (1).»

Compréndese cuál sería el disgusto de los embajadores franceses al oír esta respuesta, y cuál el enojo del rey Francisco cuando le fué comunicada. Sea tialo, mas que por la cuestion de interés, por verse de aquella manera burlado, y por lo que lastimaba su amor propio el concepto que toda Europa formaria de su ciega confianza y del cándido afán con que se habia esmerado en agasajar á su enemigo cuando le habia tenido en su poder. Y así era la verdad, que tanto como se afeaba la doblez de Carlos y su hipócrita conducta con su generoso rival, tanto se vituperaba la necia credulidad de Francisco; bien que

(1) Du Bellay, Memoir., página número 21. na 365.—Sandoval, lib. XXIV.

pareciese como una merecida expiación de las muchas veces que él había quebrantado los más formales pactos y las más solemnes palabras empeñadas con el emperador, recordándose su proceder después de los tratados de Madrid y de Cambray. Todo el mundo veía como inevitable y consideraba inminente otro rompimiento entre los dos soberanos, tal vez más serio y costoso que los anteriores; muchas más, cuando se vió que en la cuestión de Venecia y Turquía andaban también desacordes el francés y el español, aunque habían aparentado querer marchar acordes y enviar una embajada en el mismo sentido.

Permaneció el emperador algunos meses en Gante afirmando su autoridad, asentando el gobierno de aquel señorío, y visitando al mismo efecto las islas de Holanda y Zelanda. Molestábanle allí con frecuentes demandas, y aun atrevidas exigencias los protestantes alemanes. Carlos se negó á darles audiencia, enviándoles á decir que ni los amenazaba con la guerra, ni les aseguraba la paz, y por último, que acudiesen á Worms, donde pensaba tener dieta, y allí verían lo que debían hacer y observar.

Condúcenos esto naturalmente á examinar el estado en que se hallaba á este tiempo la gran cuestión de la reforma religiosa.

CAPITULO XXIII.

PROGRESOS DE LA REFORMA.

INSTITUCION DE LOS JESUITAS.

1534.—1544.

Sectas religiosas.—Los anabaptistas.—El panadero de Harlem y el sastre de Leyden.—Sus desvarios y escesos.—Coronacion del sastre Juan de Leyden en Munster.—Trágico fin de su ridículo reinado.—Disgustos que estas sectas producian á Lutero.—Causas del progreso de la doctrina reformista.—Disidencias acerca del lugar del concilio.—El papa, Carlos V., los protestantes.—Refuerzo que recibían los luteranos.—Fundacion de la Compañía de Jesus.—Ignacio de Loyola.—Su patria, su carrera militar y literaria.—Su pensamiento de fundar una sociedad religiosa.—Sus primeros adeptos.—Sus viajes á la Tierra Santa y á Roma.—Bula del papa Paulo III para la institucion de los jesuitas.—Organizacion de la Compañía.—Sus propósitos y fines.—Influencia que estaba llamada á ejercer.—Estado de la cuestión religiosa en este tiempo.—Conferencias de Ratisbona.—Decision de la Dieta.—Lenidad y condescendencia de Carlos V. con los protestantes.—Sus causas.—Revolucion en Hungría.—El sultán.—Viage del emperador á Roma, y su conferencia con el papa.—Prepárase Carlos V. para otra nueva empresa.

Sustituido por la doctrina de Lutero el espíritu de exámen á las creencias, y sometido el dogma y la